

# Pervivencia del mundo clásico en la literatura: tradición y relecturas

**Aldo Rubén Pricco, Stella Maris Moro  
(coords.)**

IMPRESA DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA  
COIMBRA UNIVERSITY PRESS

ANNABLUME

# EL SENTIDO TRÁGICO EN LA OBRA DE FRANCISCO AYALA (The sense of tragic in Francisco Ayala)

INMACULADA LÓPEZ CALAHORRO (ilcalahorro@gmail.com)  
Universidad de Granada

RESUMEN — El análisis que presentamos muestra la pervivencia de conceptos fundamentales de la tragedia griega en la obra de ficción de Francisco Ayala. Relacionamos algunos de los relatos de *Los usurpadores* con las ideas desarrolladas por Werner Jaeger sobre Esquilo en su obra *Paideia*.

PALABRAS CLAVE: Francisco Ayala, Esquilo, Werner Jaeger, tragedia griega, tradición clásica.

ABSTRACT — In this paper we analyse the survival of fundamental concepts from the Greek tragedy in the fictional works of Francisco Ayala. We analyse some of the short stories in *Los usurpadores* and we establish a relationship with Werner Jaeger's ideas on Aeschylus showed in his *Paideia*.

KEYWORDS: Francisco Ayala, Aeschylus, Werner Jaeger, Greek tragedy, classical Greco-Roman tradition.

Francisco Ayala no escribió obras de teatro. No podemos, por consiguiente, realizar un análisis sobre un determinado texto con forma teatral, pero sí indagar en el sentido que otorga a lo trágico y que se expone fundamentalmente en la doble serie de relatos posteriores a la Guerra Civil con los que volvió precisamente a la inventiva literaria. Nos referimos a *Los usurpadores* y a *La cabeza del cordero*, ambos publicados como conjunto de relatos en 1949. Por cuestiones de limitación de espacio nos ceñiremos a *Los usurpadores*.

Como bien ha señalado Antonio Chicharro en *El pensamiento vivo de Francisco Ayala*, la obra del autor granadino ofrece una:

importancia, complejidad y permanencia de un pensamiento que sigue interpellándonos y suminiestrándonos claves para ordenarnos con respecto a nuestro tiempo histórico<sup>1</sup>.

Esto mismo lo hemos expresado por nuestra parte señalando que:

su literatura consigue unos efectos análogos a los que proceden de la lectura de los escritores de la Antigüedad, desde un humanismo inapelable que nos

---

<sup>1</sup>Chicharro 2006: 13.

describe comportamientos humanos desde esa razón, lógica y conocimiento<sup>2</sup>.

De este modo hemos podido analizar y seguir trabajando en esos elementos comunes con el legado grecorromano, en el que la esencia de lo humano es fundamental y de ahí su permanencia. En el ensayo “La paradoja de la comedia”<sup>3</sup>, publicado en 1979, sostiene Ayala que “la conexión entre arte dramático y sociedad es mucho más estrecha que la existente entre otras actividades literarias –inclusive la novela misma– y el marco histórico-social dentro del cual se producen”, porque el teatro debe plasmar “los temas vitales de esta sociedad”. Es así que el escritor y crítico granadino atribuye a la escena teatral la necesidad de ocuparse no de:

los problemas de la hora sino más bien una que, desde ellos, responda a las preocupaciones y anhelos de la esencial humanidad, tal y como sólo el poeta puede intuirlos.

Incide, por consiguiente, nuestro autor en una tensión fundamental para la obra teatral: la necesidad de traer a escena temas actuales que deben conmover al espectador pero ofreciéndolos siempre como temas profundamente humanos, porque, resume, “el teatro es, en manera eminente, asunto de interés público”<sup>4</sup>. Lo sociológico en este caso, no es sino una perspectiva de la relación entre individuo y colectividad, en la que los conceptos ‘teatro’, ‘poeta’ y ‘esencial humanidad’ trascienden la puesta en escena de cualquier siglo y colocan las reflexiones del intelectual granadino en una perspectiva similar a la que realizamos sobre la tragedia griega. En este sentido, recordemos que el helenista Werner Jaeger escribe: “la tragedia otorga de nuevo a la poesía griega la capacidad de abrazar la unidad de todo lo humano”<sup>5</sup>.

Por otro lado, las referencias textuales a los tragediógrafos griegos en los ensayos de crítica literaria por parte de Francisco Ayala son breves e indirectas. Sólo encontramos dos textos en el conjunto de sus estudios literarios en los que directamente los nombra. En concreto en el ensayo «El caso Eckermann»<sup>6</sup>, donde el autor granadino realiza un sutil análisis de la relación personal entre Eckermann y Goethe, concluye con las reflexiones que éste hizo comparándolos con los artistas de su época. Para Ayala Goethe fue “el último europeo con

---

<sup>2</sup> López Calahorro 2008: 26.

<sup>3</sup> Ayala 2007: 436-450. Las citas que a continuación referimos corresponden respectivamente a pág. 443, 444 y 446 de este ensayo.

<sup>4</sup> Ayala 2007: 445.

<sup>5</sup> Jaeger 1962: 226.

<sup>6</sup> Ayala 2007: 1374-1391. Este ensayo “se publicó como estudio preliminar a la traducción de Ayala del libro de J. P. Eckermann, *Conversaciones con Goethe* (Buenos Aires, Jackson, 1956)”, y seguramente como artículo independiente en torno a esa fecha (Ayala 2007:1540).

plenitud de realidad”, y destaca en su estudio cómo el alemán se lamentaba de vivir entonces una época en decadencia, en el que el individualismo imperaba frente al deseo personal del “amor al conjunto y a la causa común”<sup>7</sup>. Cita así Ayala al alemán:

La desdicha es –dice– que en el Estado nadie quiere vivir y gozar, sino que todos quieren gobernar; y en el arte, nadie quiere disfrutar lo ya hecho, sino que todos aspiran a crear por sí mismos...<sup>8</sup>

En este contexto exhibe Ayala el ejemplo aportado por Goethe sobre “la tarea poética de los trágicos griegos”, quienes, frente a ese “despropósito” de la continua creación, se empeñaban por “superarse en el tratamiento de un mismo asunto hallando una mejor solución a los problemas de la creación artística”<sup>9</sup>. A continuación cita a los creadores griegos a través de las palabras de Goethe:

La época en que escribieron Esquilo, Sófocles y Eurípides eran bien diferente: estaba penetrada de espíritu y sólo toleraba lo realmente grande y bueno. Pero, en nuestros malos tiempos, ¿quién siente la necesidad de lo grande? ¿Dónde están los órganos que puedan recogerlo?<sup>10</sup>

Una segunda pincelada anterior en el tiempo se encuentra en “De histrionismo y representación”, cuyo subtítulo es “De la eternidad del arte, o el hombre de mundo”, publicado en 1943. Francisco Ayala cita en él a Plauto y Esquilo junto con Lope de Vega, de los que destaca cierta distancia con el público a la hora de ser llevados a escena:

El goce de una tragedia de Esquilo, de una comedia de Plauto, de un drama de Lope de Vega, estará entorpecido por decrecientes factores accidentales, requiriendo un esfuerzo de acomodación arqueológica al alcance de grupos cada vez más amplios, conforme nos acercamos a las realidades de nuestra experiencia concreta<sup>11</sup>.

Esta aparente simple referencia a Esquilo, el único de los tragediógrafos griegos citados junto con el más grande comediógrafo romano, nos advierte sobre determinada trascendencia en su obra literaria. De hecho hemos podido comprobar la existencia en su biblioteca personal procedente de Estados Unidos<sup>12</sup>

---

<sup>7</sup> Ayala 2007: 1388 y 1389, respectivamente.

<sup>8</sup> Ayala 2007:1389.

<sup>9</sup> Ayala 2007: 1390.

<sup>10</sup> Ayala 2007: 1390.

<sup>11</sup> Ayala 2007: 1236.

<sup>12</sup> Custodiada actualmente en la Fundación Ayala, en Granada.

de la edición de Plauto, *Obras completas*<sup>13</sup>, que seguramente adquiriría durante los años de su exilio en Buenos Aires. De la misma editorial es la primera edición de 1946 *Trágicos griegos. Esquilo, Sófocles* que cuenta con la conocida traducción de José Alemany, por lo que existe la posibilidad de que pudiera haber conocido también esta edición<sup>14</sup>.

A este contexto hay que sumarle que en 1944 María Rosa Lida publicó también en Buenos Aires su trabajo *Introducción al teatro de Sófocles*. En este estudio expone las razones por las que consideramos una obra clásica, y que resume en el humanismo, la objetividad o verdad de la realidad que revela, y por ser arte universal y no particular<sup>15</sup>. No tenemos otro punto de conexión entre el granadino y la célebre filóloga salvo el de señalar que Francisco Ayala trabajó para la Editorial Losada, en la que se publicó el texto de María Rosa Lida, y que uno de sus amigos comunes fue Pedro Henríquez Ureña, que precisamente formaba parte de la dirección de esta importante editorial para los exiliados españoles<sup>16</sup>. Del vínculo entre la filóloga con Henríquez Ureña quedan como testimonio los agradecimientos iniciales de la propia Lida por su colaboración un año antes para organizar el curso que dio luego título a este libro.

En este ambiente de difusión y estudio de los tragediógrafos helenos en la década de los años cuarenta en Buenos Aires, finalmente destacamos el posible conocimiento que Francisco Ayala pudo tener de la ya mencionada obra magna de Werner Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, publicada por Fondo de Cultura Económica en el período 1942-1945, y cuyo prólogo para la edición española escribió desde su exilio en Harvard en 1942, que incluía entonces los dos primeros libros. Posteriormente, en 1947, Lorenzo Luzuriaga lo reseña en *Realidad. Revista de ideas*, que fue precisamente dirigida por el propio Luzuriaga y Francisco Ayala<sup>17</sup>.

Partiendo de esta apreciación de la obra de Francisco Ayala y de la posible conexión con estas publicaciones en México y en el Buenos Aires de la década de

---

<sup>13</sup> Anotamos la referencia completa a estas obras completas de Plauto: Traducidas de lengua latina al español por Martín Robles 1947.

<sup>14</sup> No obstante, no hemos podido comprobar que tuviera materialmente este libro de tragedias de Esquilo y Sófocles en su biblioteca, lo que no significa que no fuera así o que no lo leyera, dado que sus exilio se marcó por su itinerario de Argentina a Puerto Rico y finalmente a Estados Unidos, por lo que era complicado mantener una biblioteca o trasladarla, como él mismo manifestó. De ahí que lo realmente sorprendente es que el libro de Plauto publicado en Argentina aparezca en su biblioteca de Estados Unidos, lo que puede destacar su importancia. Por otro lado se conoce que Ayala leía habitualmente mucho en las bibliotecas públicas, de ahí que a veces es difícil comprobar las referencias directamente.

<sup>15</sup> Lida 1944: 19.

<sup>16</sup> Ayala 2006: 263-266, 300-302.

<sup>17</sup> Los dos primeros libros están traducidos por Joaquín Xirau en 1942, y los dos siguientes por Wenceslao Roces entre los años 1944 y 1945. La reseña de Lorenzo Luzuriaga se publica en *Realidad* 2: 307-309. Sobre este tema cf. López Calahorro 2013.

los cuarenta, planteamos la relación con la tragedia de Esquilo no sólo a través de la posible lectura directa tal y como hemos apuntado, sino también a través del conocimiento del estudio de Jaeger que, bajo el título “El drama de Esquilo”, conforma el primer capítulo del libro II, *Culminación y crisis del espíritu ático*<sup>18</sup>.

No obstante, para comprender el fondo trágico que forma parte de las obras de Francisco Ayala en el exilio, antes debemos recordar que su obra responde a un gran hiato temático y cronológico, entre la considerada obra de vanguardia (*Cazador en el alba* se publica en 1930) y la que a partir de 1939 con la publicación de “Diálogos de los muertos” en *Sur*, manifiesta la interiorización de los graves conflictos bélicos que arrasaron España y la Europa de la Segunda Guerra Mundial. Francisco Ayala dejó así para la posteridad no sólo la ficción de sus relatos, sino dos prólogos de sumo valor ideológico con los que abre tanto *Los usurpadores* como *La cabeza del cordero*.

En este contexto nos parece apropiado el interesante libro del albanés y premio *Príncipe de Asturias de las Letras* 2009 Ismael Kadaré, titulado *Esquilo. El gran perdedor*, por aportarnos una clave esencial que explica cómo la civilización griega hizo de la Guerra de Troya el tema central de su literatura:

como al hombre a quien de repente, después de largo tiempo y justo cuando menos lo espera, sacude la remembranza turbadora de un crimen cometido en la juventud, de igual modo asaltaron bruscamente al pueblo griego en plena madurez los remordimientos por un acto de violencia cometido en su juventud. Ochocientos años atrás había hundido en el más profundo de los sueños a otro pueblo: el troiano<sup>19</sup>.

No he podido encontrar mejor comparación para considerar por qué necesitó más de una década nuestro escritor para digerir un pasado reciente y terrible que devolvió de distintas formas al objeto de su ficción. Algo semejante ocurrió en la Roma de la Guerra Civil de César y Pompeyo hasta que llegó Lucano y se atrevió a narrar el combate intestino en *Farsalia*<sup>20</sup>. Dos realidades bélicas, una guerra civil y una conflagración universal se alojaron asimismo en la conciencia del escritor, convirtiéndose así en exponente del desgarramiento colectivo. Esto quedará más claramente expuesto en el prólogo del segundo libro, el “Proemio” de *La cabeza del cordero*, pero previamente con *Los usurpadores* el autor ha trazado un camino mítico y no histórico, semejante al de la tragedia griega para tratar el tema del poder, es decir, ha utilizado el pasado más remoto para expiar la acción trágica de los duros acontecimientos vividos por la civilización europea.

---

<sup>18</sup> Jaeger 1962: 223-247.

<sup>19</sup> Kadaré 2009: 19.

<sup>20</sup> Sobre esta relación ya hemos realizado un trabajo en nuestro libro *Francisco Ayala y el mundo clásico*. López Calahorra 2008: 81-97.

En este contexto volvemos a la cita que hizo Ayala en 1943 sobre Esquilo anteriormente recogida y que coincide con el año de publicación de “La campana de Huesca”, incluido en tercer lugar en *Los usurpadores*. Otros relatos interesantes para nuestra aproximación son “El doliente” (1946), publicado en segundo lugar, y “San Juan de Dios” (1946), al que presenta en primer lugar<sup>21</sup>. Hay cierta contemporaneidad, por consiguiente, entre la publicación de los relatos que darán forma a este libro y las referencias a Esquilo, así como de las posibles lecturas que pudo realizar sobre el tragediógrafo.

Analicemos, por consiguiente, aquellos elementos que consideramos coincidentes entre el autor heleno y su analista Werner Jaeger y la obra señalada del autor granadino. Es célebre la frase del prólogo de *Los usurpadores* en el que resume el tema común de todos los relatos, “Que el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación”<sup>22</sup>. En este sentido, merece que nos detengamos en algunos de los conceptos que sobre el ser humano el autor profiere, para hacerlo causa y objeto de este “hecho terrible y cotidiano” donde se manifiestan la “propia destrucción”, la “fragilidad” o la “flaca naturaleza”. Francisco Ayala representa un escenario donde todos los protagonistas son impostores, usurpadores de un poder que no les es legítimo, siendo a un tiempo precisamente ése el destino fatal que les sobreviene, como castigo a su *hybris*, pues resulta que “deben cargar con él como una abrumadora culpa. Y asimismo, ser tenidos todos ellos por dolientes, pues que todos adolecen de la debilidad común a la condición humana”<sup>23</sup>. Este sentido de tragedia en *Los usurpadores* lo captó Emilio Orozco cuando escribió que:

la mirada al pasado histórico no sólo no obedece a ninguna actitud escapista, sino que resulta antes un extraordinario medio de [...] esencializar un sentido dramáticamente conflictivo de angustiosa vivencia del presente<sup>24</sup>.

Destino y tiempo mítico van de la mano en la obra de Francisco Ayala y Esquilo. Werner Jaeger, a propósito de *Los persas*, comenta que “algunos se han maravillado ingenuamente de que los poetas griegos no hayan elaborado con más frecuencia ‘asuntos históricos’”<sup>25</sup> para señalar a continuación que realmente en esta tragedia “la realidad dramática”, es decir, el contexto histórico, no tiene importancia al lado de lo que realmente es esencial sobre la acción, esto es, el destino. De igual modo justifica también Francisco Ayala la elección de sus

---

<sup>21</sup> No citamos el resto de los textos incluidos en *Los usurpadores* puesto que no vamos a realizar su análisis.

<sup>22</sup> Ayala 1993: 342.

<sup>23</sup> Ayala 1993: 343.

<sup>24</sup> Orozco *apud* Chicharro 2006: 101.

<sup>25</sup> Jaeger 1962: 239.

relatos históricos: “Pero ¿por qué apela a la conciencia de sus lectores [...] a través ‘de ejemplos’ distantes en el tiempo? Probablemente para extraer de ellas su sentido esencial”<sup>26</sup>, tal y como María Rosa Lida había señalado en su trabajo sobre Sófocles y el valor de los clásicos. Y si los protagonistas de los relatos de Ayala tienen que cargar con el poder como destino ineludiblemente, resulta igualmente que para Jaeger “el problema del drama de Esquilo no es el hombre. El hombre es el portador del destino”<sup>27</sup>.

Ahora bien, junto a la *hybris* trágica, también podemos hallar el proceso de *cátharsis* en la creación ayaliana. Dado que este ejercicio del poder como usurpación es el destino de estos personajes<sup>28</sup>, existe la salvación a través de la piedad y el dolor: en el mismo prólogo ayaliano se nos dice que los relatos ofrecen una ejemplaridad que “entreabren un cauce piadoso a la naturaleza humana para salvarse de la desesperación”<sup>29</sup>. Este “cauce piadoso” curiosamente aparece como elemento catártico en el proceso trágico esquileo analizado por Werner Jaeger: “Así experimenta el corazón piadoso, mediante la fuerza del dolor, el esplendor del triunfo divino”<sup>30</sup>.

Añadiremos sobre el dolor que el filólogo alemán habla dos veces de “humanidad doliente”<sup>31</sup> como razón de su debilidad para la que Prometeo se convierte en héroe. Un “doliente” que, curiosamente, se convierte en título para el segundo relato de Francisco Ayala en *Los usurpadores*, también publicado en 1946, como San Juan de Dios.

Otro elemento de conexión entre los textos de ambos intelectuales consiste en la referencia que el filólogo expone sobre el proceso de purificación de Prometeo, en el que el dolor es el instrumento indispensable por el que se llega a la sabiduría: “Él ha abierto el camino al conocimiento de los mortales, mediante esta ley: por el dolor a la sabiduría. En lugar del sueño brota en el corazón la pena que recuerda la culpa”<sup>32</sup>. Esto mismo se reconoce en el relato “San Juan de Dios”, en el que el castigo físico sobrevenido por el destino es el que permite a sus personajes evolucionar. Esta apelación al conocimiento es fundamental, puesto que el dolor tiene para el filólogo alemán esta finalidad en la tragedia esquilea, más exactamente el célebre “conócete a ti mismo”:

Existe un grado intermedio en el ‘conócete a ti mismo’ del dios délfico, que exige el conocimiento de los límites de lo humano, como lo enseña Píndaro con devota piedad apolínea y constantemente. También para Esquilo es esta

---

<sup>26</sup> Ayala 1993: 344.

<sup>27</sup> Jaeger 1962: 237.

<sup>28</sup> Blanes *apud* Chicharro 2006: 102.

<sup>29</sup> Ayala 1993: 344.

<sup>30</sup> Jaeger 1962: 247.

<sup>31</sup> Jaeger 1962: 244 y 245.

<sup>32</sup> Jaeger 1962: 247.



idea esencial y se destaca con especial el conocimiento trágico adquirido por la fuerza del dolor<sup>33</sup>.

A este ‘conócete a ti mismo’ que forma parte de la obra de Esquilo (*Pr.* 309) también nos han conducido con todo el peso trágico del dolor los personajes de “San Juan de Dios”. Además, esta apelación al principio délfico forma parte de distintos textos de Francisco Ayala, del que citaremos al menos el siguiente ejemplo de su libro de memorias *Recuerdos y olvidos*:

El arcaico precepto que exige: *Conócete a ti mismo*, lo que de nosotros requiere es que nos esforcemos hacia el cumplimiento de algo imposible, pues nadie es capaz en verdad de alcanzar un entero autoconocimiento mientras todavía conserve la terrible posibilidad de traicionar la línea maestra de su proyecto vital<sup>34</sup>.

Por consiguiente, el ejercicio práctico del autoconocimiento en “San Juan de Dios” revela precisamente esa coincidencia con el desarrollo de la tragedia de Esquilo a través del dolor y el castigo, tal y como Werner Jaeger planteó. Es lapidaria su frase en estas páginas en que atribuye a la “sabiduría popular”: que “el dolor lleva consigo la fuerza del conocimiento”<sup>35</sup>.

Además, dolor y destino están acompañados de la diosa cegadora *Atē*<sup>36</sup>, que también es apreciable en las acciones de los personajes de Ayala<sup>37</sup>, pero siempre a través del dolor o el castigo físico. Así ocurre en “La campana de Huesca” (1943), donde de forma irónica concluye el narrador:

De este modo, y a través de tan perturbadoras y dolorosas crisis, de tanto angustiarse y buscar, de tanto dar tormento a su alma, vino por fin a cumplir Ramiro su destino originario<sup>38</sup>.

Finalmente, en esta relación íntima entre conceptos procedentes del análisis del filólogo alemán y la creación del escritor granadino, referimos un último término que aparece coincidentemente en los textos de ambos autores: se trata del ‘demonio’ o lo ‘demoniaco’. Para Werner Jaeger sobre Esquilo:

---

<sup>33</sup> Jaeger 1962: 239.

<sup>34</sup> Ayala 2006: 612-613.

<sup>35</sup> Jaeger 1962: 239.

<sup>36</sup> Jaeger 1962: 240.

<sup>37</sup> Por ejemplo, en “La campana de Huesca”, en el segundo párrafo, destino y ceguera van de la mano: “Hasta ese mismo instante había ignorado Ramiro el Monje su destino. Nacido para ignorarlo, creció y maduró en su ignorancia [...]. Con barruntos, sospechas, anhelos y expectativas se adelantan manos ciegas a tantear la presunta imagen del futuro para decaer luego [...]” (Ayala 1993: 379). Posteriormente, esta ceguera dará paso al ejercicio de la violencia.

<sup>38</sup> Ayala 1993: 388.

se halla el espectador ante la impresión humana de la acción ineluctable del demonio que conduce su obra hasta su duro fin y abrasa a un héroe como Eteocles que lo desafía en actitud grandiosa<sup>39</sup>.

Casi del mismo modo, para Francisco Ayala, en el “Prólogo” de *Los usurpadores*:

los excesos de nuestra época y las personales vivencias del autor justifican que perciba y subraye lo demoníaco, engañoso y vano de los afanes dominadores, y que vea la salud del espíritu en la santa resignación<sup>40</sup>.

En resumen, podemos concluir que se pueden establecer coincidencias entre el análisis de la tragedia esquilea por parte de Werner Jaeger y el sentido trágico que estampa el autor granadino en *Los usurpadores*. En este sentido, consideramos que hemos iniciado un apasionante trabajo que podrá tener otros frutos al incorporar las lecturas contemporáneas no sólo de los autores clásicos, sino también de sus analistas, ampliando de este modo la perspectiva sobre los conceptos que procedentes del ámbito de la tragedia griega encuentran correspondencia en los textos narrativos del autor granadino, como expresión necesaria de la esencia del ser humano.

---

<sup>39</sup> Jaeger 1962: 243.

<sup>40</sup> Ayala 1993: 345.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ayala, F. (1993), *Narrativa completa*. Madrid: Alianza.
- Ayala, F. (2006), *Recuerdos y olvidos*. Madrid: Alianza.
- Ayala, F. (2007), *Obras completas III. Estudios literarios*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Chicharro, A. (2006), *El pensamiento vivo de Francisco Ayala*. Granada: Dauro.
- Esquilo (1983), *Tragedias completas*. Ed. y trad. Alsina Clota, J. Madrid: Cátedra.
- Hualde, P. (2012), “Mito y tragedia griega en la literatura iberoamericana”, *CFC (G)* 22: 185-222.
- Jaeger, W. (1962), *Paideia*. México: FCE.
- Kadaré, I. (2009), *Esquilo*. Madrid: Siruela.
- Lida, M. R. (1944), *Introducción al teatro de Sófocles*. Buenos Aires: Losada.
- López Calahorro, I. (2008), *Francisco Ayala y el mundo clásico*. Granada: Universidad de Granada.
- López Calahorro, I. (2013), “Francisco Ayala y el humanismo del exilio”, *EHum* 135: 123-143.
- Martín Robles, P. A. (1947), *Plauto. Comedias*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, Colección Clásicos Inolvidables.